

Durante el mes de noviembre de 1984 los diarios locales y nacionales, como *Vanguardia Liberal* y *El Espectador*, anunciaron que Bucaramanga ya tenía Festival Internacional de Piano, evento que ponía la ciudad a la par con otras del país como Popayán, con su Festival de Música Religiosa. El certamen pasó de ser una noticia saludada con gran entusiasmo a convertirse, en los cinco lustros siguientes, en legado cultural de Santander. Desde entonces, los santandereanos tienen una cita anual, en los meses de agosto y septiembre, con los intérpretes nacionales e internacionales que cada temporada son seleccionados para realizar los conciertos de abono, con los jóvenes que participan en el concurso nacional y con los niños que representan sus escuelas en el Festival Infantil de Piano.

Realizar el Festival de Piano puede ser considerado como una etapa más de un viaje decimonónico que, según lo relata Pedro Gómez Valderrama en su novela *La otra raya del tigre*, empezó en los últimos decenios del siglo XIX, cuando los comerciantes alemanes y daneses trataban de dar satisfacción a su nostalgia y subían los pianos por los tortuosos caminos de las montañas santandereanas a lomo de mula, desde el valle del Río Grande de la Magdalena, luego de un viaje por mar desde Europa hasta los puertos del Caribe colombiano. En crónicas de viajeros de la época y en la literatura colombiana encontramos testimonio del asombro y regocijo que producían estos instrumentos al ser instalados en las casas. En *Cien años de soledad* García Márquez nos contó acerca del “invento maravilloso que había de suscitar el asombro del pueblo y el júbilo de la juventud: la pianola. La llevaron a pedazos, empacada en varios cajones junto con los

muebles vieneses [...] La casa importadora envió por su cuenta un experto italiano, Pietro Crespi, para que armara y afinara la pianola”¹. Desde luego, una pianola no era lo mismo que un pianoforte.

Por su parte, en Santander, al cobijo de las modas de los inmigrantes europeos que llegaron a Bucaramanga en la segunda mitad del siglo XIX, los pianos se convirtieron en el centro de atención en la salas de las villas de las familias pudientes de Bucaramanga, San Gil, Socorro y Barichara. Hasta bien entrado el siglo XX, las señoritas amenizaban las tardes de visita con melodías aprendidas de oído o en clases con maestros particulares, en veladas por lo general familiares o para un pequeño grupo de personas que habitualmente asistían a estos eventos de “música de salón”. Algunas de las jóvenes lograban adelantar estudios que incluían en el currículo estudios de piano o clavicordio: “El diploma que la acreditaba [a Meme] como concertista de clavicordio fue ratificado por el virtuosismo con el que ejecutó temas populares del siglo XVII”². En su mayoría mujeres, las pianistas “seguía[n] ofreciendo conciertos en bazares eclesiásticos y veladas escolares”³, o en la época navideña. Estas actividades enriquecieron la tradición musical santandereana, tradición que dio al país a uno de los más insignes compositores de música para piano, el maestro nacido en Gámbita Luis Antonio CALVO (1882-1945), y a uno de los más recordados intérpretes, el nortesantandereano Oriol RANGEL.

1 Gabriel García Márquez. *Cien años de soledad*, Edición Conmemorativa, 2006, pág. 75.

2 García Márquez, op. cit., pág. 307.

3 Ibid., pág. 312.



“Lo malo de los concursos es que resulta difícil hallar el equilibrio entre perfeccionamiento y libertad. El aspecto técnico lo posee a uno y entonces arruina la obra, porque será perfecta por el mecanismo pero aburrida por la falta de una propia interpretación”.

Christoph ULRICH (Pianista, 1985)

Estos antecedentes tienen su repercusión en la programación de las emisoras radiales de Bucaramanga, que acusaban un alto contenido cultural, previsto desde la jornada inaugural de octubre de 1935. El programa de actividades incluía la interpretación en vivo de obras de piano, violín y flauta, con Enriqueta y Alberto Ordóñez, Enrique y Lucila Paillí, Elvira Inmediato, Graciela y Alberto Ordóñez Montero. “Así, los espacios radiales se convirtieron en el lugar de promoción de los artistas locales, y de los señores, señoras y señoritas dispuestos a mostrar unos talentos hasta entonces reservados a las reuniones y veladas sociales”⁴. La programación diaria de las emisoras, desde los años treinta y en los decenios siguientes, acusó el gusto por espacios para la música tanto clásica como popular. “La promoción de la música colombiana y clásica se difundió ampliamente por las estaciones radiales, y se emitieron programas especiales para tal fin. La música clásica fue escuchada en el programa “El concierto del mediodía”, dirigido por José J. Amaya, que tuvo amplia acogida entre el público [...] que lo sintonizaba por Radio Bucaramanga”⁵.

4 Carlos Enrique Cogollo y Francisco Navarro. *Historia de la Radiodifusión en Bucaramanga, 1929-2005*. Ediciones UIS, Bucaramanga, marzo 2006, pág. 31.

5 Ibid, pág. 48.

Aquí es igualmente válido traer a cuento la anécdota del cura párroco del municipio de Villanueva, en los años 60 del siglo pasado, quien los domingos llamaba a misa de mediodía poniendo acetatos con grabaciones de desconocidos pianistas por los altavoces de la iglesia de la villa guanentina. También por esos mismos años se inauguró en Bucaramanga la Escuela Departamental de Música, donde maestros como Luis María Carvajal, Artidoro Mora Mora y Roberto Pineda Duque, entre otros, forjaron los primeros pianistas santandereanos y generaron una importante actividad musical en la ciudad que, por fuera de las salas de visita, ofrecían acceso a un mayor número de asistentes.

Sin embargo, de esta rica tradición, en los años sesenta y setenta sólo quedaba en Bucaramanga una sala en el edificio de la Cámara de Comercio, donde unos pocos aficionados podían dar rienda suelta a su gusto por la música clásica. En la UIS, estudiantes animados por el entonces director de teatro y docente de la Universidad Joaquín Casadiego Martínez, programaron varios conciertos de piano en el auditorio de Ingeniería Industrial. Con un piano prestado por la Dirección de Cultura Artística de Santander, y trasladado por un “zorrero” de la plaza central, único servicio de la época autorizado por la Dirección para mover el piano, se realizó, entre otros, un concierto con el samario Andrés Linero.

PIANO Y CAFÉ

El café colombiano no sólo nos ha dado un lugar como el país que produce el más suave del mundo, sino que fue factor para animar el nacimiento del Festival Internacional de Piano en Bucaramanga. Gracias a un canje de este producto por equipos de laboratorio, a comienzos de los años ochenta, llegó a la ciudad, proveniente de la República Democrática Alemana, un gran piano de cola Blüthner, apto para conciertos, que sería uno de los elementos

claves para la posterior realización del Festival e impulsó el gusto por la música en vivo. El nuevo instrumento se sumó al piano Shiedmayer, de tamaño 3/4 de cola, que estuvo instalado durante varios años en la sala de Ingeniería Mecánica de la UIS, y donde eventualmente se realizaban conciertos.

Por ese mismo tiempo, y como resultado de la ejecución del Plan de Desarrollo Institucional gestionado por Cecilia Reyes de León, se construyó el auditorio Luis A. Calvo, escenario con las condiciones acústicas para la realización de actividades artísticas, entre ellas recitales de piano. La sala fue inaugurada en mayo de 1982, durante la administración del rector Orlando Díaz Gómez.

Cuando todos los elementos para la preparación están listos, sólo hace falta la voluntad humana para hacer la mezcla. Según nos recuerda Libardo León Guarín, “como testigo muy cercano [...] por haber sido miembro durante varios años del primer Comité Cultural creado por las directivas universitarias para darle vida programática” al Auditorio Luis A. Calvo, en esta instancia “se planteó la idea de crear un evento anual de gran relevancia, por lo menos nacional, que sirviera de imagen a lo que significaba tener en la Universidad y en la ciudad, un auditorio para irradiar aún más la acción cultural de la UIS”⁶.

El profesor León señala que entre las propuestas presentadas figuraba la de un festival internacional de piano, además de un encuentro de coros y un festival de danza folclórica y clásica: “finalmente se tomó la decisión, con el aval de las directivas universitarias, de crear el festival de piano por algunos antecedentes en la ciudad”. Sin embargo, dentro de la historia de los orígenes del

Festival no se puede dejar de lado el nombre del maestro José Tomás Illera López, músico e intelectual payanés contratado para “que se pusiera al frente del evento” una vez fue “creado el Festival en sus líneas generales”.

Para Illera el propósito era aprovechar los recursos existentes y darle a Bucaramanga un evento de trascendencia internacional, que con el tiempo se convirtiera en símbolo de la ciudad, como la Semana Santa en Popayán, la Ópera en Bogotá o la Semana de la Cultura en Tunja, concentrando el interés y asistencia de los amantes de estas expresiones artísticas. Adicionalmente, el Festival fue propuesto como estrategia para impulsar el cambio en la apreciación musical y en la transformación de la mentalidad, y para llenar vacíos en el campo artístico y musical de Bucaramanga.

Desde sus inicios, el Festival despertó el interés de la prensa escrita al considerarse que era un evento de primera línea que superaba la denominada “cultura espectáculo, que además de ofrecer recitales con artistas de prestigio internacional, ofrecerá un espacio para la realización de talleres con esos artistas que permitan perfeccionar técnicas de interpretación”.

Además de institucionalizar un evento cultural de categoría internacional de celebración anual, dejando abierta la posibilidad de realizar otros certámenes similares, entre los objetivos que se planteó la UIS se incluía el “Proyectar la Universidad hacia la

“Creo que el Festival siempre debe tener un espacio para la gente joven. Cada año debe mostrar una joven figura colombiana. El Festival debe servir para abrirles horizontes a los jóvenes intérpretes”.

Manfred GERHARDT (Pianista, 1985)

6 Este texto del profesor Libardo LEÓN GUARÍN, docente jubilado de la UIS, corresponde a una carta enviada el 17 de agosto de 2006, como nota aclaratoria de su parte, sobre los orígenes del Festival Internacional de Piano.

comunidad local y nacional, y servir como centro de reunión de los estudiosos del piano estableciendo contacto entre los colegas de las diferentes instituciones y niveles académicos”. Su principal gestor, José Tomas Illera, declaró a *Vanguardia Liberal*, según su edición del 25 de noviembre de 1984: “La idea con el Festival de Piano es convertir a Bucaramanga en el sitio de obligada concertación de todos aquellos que aman, conocen y respetan esta disciplina creativa”.

El Primer Festival Internacional de Piano se realizó en noviembre de 1984, y le dio apertura el venezolano Arnaldo García, con “un programa sugestivo y muy a la medida de su trabajo de compromiso con lo nuestro. Con todo lo que implica reivindicación y afianzamiento de los valores culturales americanos. Un programa con contexto americanista: Estévez, Atehortúa y Ginastera”. El primer pianista colombiano en hacer su presentación en el Festival fue el samario Andrés Linero, quien según la crítica “ofreció un recital de contrastes, obras que se constituyeron en medio de lucimiento del ejecutante y retos para el público. Un universo de música producido por tan sólo diez dedos, cincuenta y dos teclas y siete notas”. El costo total del certamen ascendió a los ochocientos mil pesos, pero a los cinco recitales asistieron un poco más de 700 personas, respuesta que generó desilusión entre los organizadores e hizo temer por la continuidad del certamen.

El Segundo Festival se trasladó para septiembre, de tal forma que no estuviera tan próximo a las festividades de fin de año y se contara con mejor disponibilidad de los artistas internacionales y recursos de financiación en las empresas. Debido a los resultados de la primera edición, muy pocos pensaban que el certamen tuviera continuidad, así que el anuncio de la segunda resultó sorpresivo. Su realización fue considerada como un gesto universitario responsable, en una ciudad que carecía de programas de música clásica en la radio, que de repente se vio colmada de buenas versiones en vivo.

Los dos primeros festivales de piano desarrollaron sólo cinco conciertos y los talleres o *master class*. De hecho, se denominaban Taller-Festival Internacional. Para el tercero, en 1986, a los recitales y conciertos se agregó una exposición, conferencias y videos, y aunque ya desde entonces se eliminó de su nombre el “Taller”, esta actividad con los maestros invitados sigue constituyendo parte fundamental del certamen.

En 1988 la pianista Teresita Gómez presentó por vez primera en el escenario del Festival un programa completo con música colombiana de Luis A. Calvo, Luis A. Escobar, Adolfo Mejía y Pedro Morales Pino, entre otros. Incluir en el programa de concierto obras de compositores colombianos, así como de artistas latinoamericanos, se volvió recurrente en las siguientes ediciones del Festival, como una manera de fomentar la difusión y la creación musical y de educar a los públicos con música nuestra. Ese año, la prensa destacó que el certamen era ante todo un acto de rebeldía y osadía que permitía rescatar la imagen de la ciudad, una comunidad que anhelaba tener un momento de trascendencia dentro de su propio entorno. Para los medios de comunicación el Festival se convirtió “en ejemplo de un proceso constructivo y edificante, con base en argumentos conciliadores entre la fantasía y un público romántico y generoso”.

Entre el público, el Festival generó una nueva respuesta y cambio de actitudes: “con algunas resistencias propias de todo inicio, el público de Bucaramanga se ha ido descubriendo como uno de los más cálidos y numerosos”; en especial, cuando el certamen se convirtió en la excusa perfecta para contar con la Orquesta Sinfónica de Colombia, que bajo la dirección del estadounidense Everet Lee volvió a la ciudad después de muchos años y llenó en 1987 hasta el sobrecupo el Auditorio Luis A. Calvo, con el cubano Jorge Luis Prats como solista, interpretando a Rajmáninov, Bizet y Verdi. A paso lento pero seguro se estaba cumpliendo con los propó-



sitos propuestos para el Festival: aglutinar, concentrar y enseñar.

En 1991 el Festival, que se celebraba sólo en escenarios de la Universidad Industrial de Santander, con eventuales desplazamientos al auditorio de la Biblioteca Pública Municipal Gabriel Turbay, comenzó un amplio plan de cobertura regional y metropolitana, con recitales en los municipios vecinos de Rionegro, Girón, Piedecuesta, Lebrija y Floridablanca, o en otros escenarios educativos y culturales de la ciudad, que ha dado como resultado llevar la música para piano a otras dieciséis ciudades de Santander y consolidar, desde 1993, un certamen paralelo en Barrancabermeja, que para el 2008 realizará su decimosexta temporada.

La decimotercera edición, celebrada en 1996, marcó otro momento de expansión del certamen, con la inclusión de nuevos eventos en la programación del Festival. Por un lado, se amplió a tres semanas de actividades, con otros eventos artísticos en una propuesta que se denominaba “Bucaramanga festiva y culta”, la cual no caló en el gusto de la comunidad. Igualmente se estableció el Concurso Nacional de Piano, espacio que el pianista Harold Martina consideraba “importante, siempre que tenga continuidad, porque permite establecer confrontación y adelantar estudios”. Desde sus primeras ediciones, los organizadores del Festival consideraron fundamental brindar un espacio para los jóvenes intérpretes nacionales, aspecto que para algunos resultaba riesgoso, dado la falta de fogueo de las nuevas figuras. Por ello, la propuesta de realizar el Concurso fue recibida con entusiasmo por los estudiosos del instrumento, ya que daba la oportunidad de confrontar habilidades, competencias y recursos técnicos de los nuevos talentos nacionales, fuera del marco de los conciertos de abono y sometidos al escrutinio de un jurado de expertos, los maestros pianistas visitantes.

El Concurso, considerado como “el futuro hecho presente de Colombia frente al piano”, se abrió a los jóvenes pianistas colom-

bianos menores de treinta años. Cada año es mayor la participación, y aunque los niveles interpretativos oscilan de una temporada a otra, es indudable que ha tomado un papel protagónico en la promoción y proyección de figuras jóvenes en el ámbito nacional e internacional. El Concurso es un complemento adecuado al Festival Internacional de Piano y un excelente escenario para proyectar el talento nacional, a fin de que el evento no se limite a presentar pianistas ya consolidados, sino que ofrezca oportunidades a quienes están surgiendo.

En 2001 y a sus 26 años, Óscar Aponte, recién graduado del College of Music de la University of North Texas, se convirtió en el primer santandereano en ganar el Concurso Nacional de Piano. Su padre es un profesor de matemáticas de la UIS, amante del tiple, que inculcó en él ese profundo amor por los sonidos del país. En las doce versiones del concurso celebradas hasta la fecha, han participado ochenta y un diferentes competidores provenientes de ciudades como Pasto, Popayán, Cali, Manizales, Pereira, Medellín, Cartagena, Málaga, Bucaramanga, Barrancabermeja, Bogotá y Tunja. Entre los ganadores figuran los bogotanos Luis Alfonso Morales, Mauricio Arias Esguerra y Juan Carlos Gutiérrez; de Santander el ya mencionado Óscar Aponte y Luis Alberto Peña; el manizalita Juan David Molano; la colombo española María Figa, radicada en Medellín, y Raúl Ernesto Mesa, de Tunja.

En 1996 el certamen se consideraba ya consolidado como el encuentro cultural más importante de Santander, e incluso del oriente colombiano, y como una cátedra estética de alto nivel. “Santandereanos de diversa condición han desarrollado, gracias al Festival, un sentido musical que permite hoy iniciar a las nuevas generaciones en el goce de la música culta y disfrutar con las interpretaciones de los artistas invitados. Lo que empezó hace más de una década como una empresa quijotesca, ha evolucionado hasta convertirse en cita esperada por la comunidad”.



Para el 2003 la estrategia de ampliación de cobertura del certamen condujo a la celebración del Festival Infantil, como lugar de encuentro de los niños y jóvenes entre los 7 y 15 años. En las cinco ocasiones hasta ahora se han presentado niños del Conservatorio de la Universidad Nacional y de la Escuela Colombo Italiana de Piano, de Bogotá; de la Escuela de Artes de la Universidad de Antioquia, la Fundación Amadeus y la Universidad EAFIT, de Medellín; del Conservatorio Antonio María Valencia, de Cali; del Conservatorio de Música de Popayán; del Conservatorio de Música y de la Escuela Amina Melendro de Pulecio, de Ibagué; de la escuela de Viktoria Guménnaia, de Pereira; de la escuela Divertimento, de Palmira; de Cantovivo, Tocata, Glenn Doman, María Luisa Peña, Cantemus, Traviata y La Cuerda, de Bucaramanga; de la Orquesta Presinfónica Juvenil Pentagrama, de Piedecuesta, y de A Tempo, de San Gil, con un total de 75 niños y tres agrupaciones orquestales.

Viktoria Guménnaia, compositora, educadora y pianista de la Universidad Tecnológica de Pereira, considera que el Festival Infantil “resulta una experiencia agradable, importante y necesaria. Es una oportunidad única de relacionarse con otros niños y de tocar en una excelente sala. A los docentes les permite tener referencia de cómo tocan los chicos que llegaron de diferentes sitios. Y aunque entre los 4 y los 15 años (edad de los niños y jóvenes participantes) el nivel es una cuestión muy discutible y relativa puesto que depende de a qué edad el niño comenzó el estudio del piano, lo importante es venir y mostrar lo que hemos logrado e integrarnos”. La maestra Guménnaia precisa que la presencia de escuelas provenientes por una parte del área pianística formal, y por otra con programas de educación no formal pianística, no permite establecer comparaciones: “De todas maneras, los niños presentan unas propuestas muy interesantes, tanto de las instituciones formales como de las academias informales.



Yo pienso que el hecho de salir aquí y presentar el trabajo, tanto para los alumnos como para los profesores, es un gran logro”.

Por su parte, Cecilia Casas, docente de la Universidad Nacional, considera que “La experiencia ha sido maravillosa. El sólo hecho de participar es un gran estímulo, una motivación para los niños. El hecho de conocer otros niños de la misma edad que están tocando bien o mejor, establecer de alguna manera comparaciones, eso también los va a estimular para hacerlo cada vez mejor. Tanto para los niños como para los maestros es una gran experiencia”.

Una mirada retrospectiva a lo que ha sido la trayectoria del Festival podría señalar tres etapas más o menos definidas:

- Primera, la materialización del proyecto de realizar un certamen de gran magnitud artística, que se llevó a cabo durante sus diez primeros años con escasa asistencia de público pero con el estímulo de la prensa hablada y escrita. Ya en 1987 Diego Hernández Guillén, columnista del diario *Vanguardia Liberal*, señalaba que “la respuesta ha sido efectiva, y es así como el público de la capital santandereana está logrando un puesto de honor a nivel nacional. Puede ser que el conocimiento de tipo académico sobre las obras denominadas clásicas no sea el más

erudito. Pero la sensibilidad tan bien entendida como hasta ahora se ha visto, permite un buen equilibrio en las expresiones generales del público bumangués: cálidas, prudentes y serias”.

- Segunda, su afianzamiento en el quehacer cultural de la Universidad, de la ciudad y del Departamento, proceso que se tradujo en el reconocimiento de su importancia y altos índices de asistencia ya durante su tercer lustro.

- Tercera, la descentralización de las actividades del Festival, con la ejecución de diversos programas colaterales y la apertura a escenarios de otras ciudades de Santander, en procura de su consolidación y con el fin de acercarlo a la mayor cantidad de público y de convertirlo en emblema y patrimonio cultural de la región. Esta etapa aún continúa, en especial cuando se están dando los primeros pasos para que el certamen se realice en ciudades de departamentos vecinos, como Pamplona, Ocaña y Valledupar.

De esta suerte, la organización del certamen ha logrado una integración vertical, en el sentido de que no sólo involucra a los maestros pianistas, sino a los jóvenes talentos nacionales y a los niños que están iniciando su camino en el universo de la música para piano.



En cifras más concretas, en estos casi veinticuatro años el certamen ha llegado a cerca de trescientas mil personas de dieciséis ciudades de Santander, con una inversión de mil quinientos millones de pesos, lograda por la gestión de la Universidad en los ámbitos privado y público. Entidades como el Ministerio de Cultura, el Banco de la República, la Gobernación de Santander, la Alcaldía de Bucaramanga y las administraciones municipales de las ciudades que se visitan, así como la presencia de las sedes de la UIS en los municipios de Málaga, Barbosa, Socorro y Barrancabermeja, entre otras, han sido valiosos entes de cofinanciación y apoyo logístico, necesarios para la consolidación del certamen.

Los aproximadamente doscientos intérpretes nacionales e internacionales que han integrado la nómina del certamen, junto con los ochenta jóvenes pianistas nacionales que han participado en el Concurso Nacional de Piano y quince escuelas de música que han desplazado más de setenta niños menores de quince años al Encuentro Infantil, suman significativos logros para el Certamen, prácticamente único en su género en Colombia.

Desde el punto de vista de lo cualitativo, el Festival no sólo permite el

“ El Festival de Piano es uno de los pilares del desarrollo musical que ha tenido el país en las últimas décadas. Obviamente, a futuro todos queremos que en cada ciudad exista una orquesta, en cada ciudad un festival de piano, incluso festivales de violín que no existen, o concursos como el que se hace aquí, que es un trabajo de pioneros. Eso es mirando al futuro; mirando al presente sólo puedo decir que es una gran fortuna que exista el Festival de Piano y que exista en una ciudad donde no hay una tradición de música erudita que nos permita decir “esto es el producto de esta tradición”. Esto es el producto del trabajo de unas personas que han creído, con mucha fe, en la música, en su esencia, en el piano. Para mí esto es un espacio importantísimo a nivel nacional e internacional para poder exaltar y dar espacio a todos los talentos que vienen y para que escuchemos cómo está esa relación con los pianistas que vienen de afuera. En cada concierto sale a relucir esa idea, que es algo internacional, tanto para los chicos que acaban su concurso y luego escuchan a esos pianistas, como para los de afuera que vienen a mirar, como jurados, como talleristas, cómo está nuestro país. Por eso es muy importante el espacio que se ha abierto”.

Felipe AGUIRRE
(Director de Orquesta y Pianista, 2005)

encuentro con intérpretes de talla mundial y la oportunidad de aprender de sus técnicas y experiencias, sino que ha abierto el espacio a compositores colombianos como Blas Emilio Atehortúa, Jesús Pinzón Urrea, Germán Darío Pérez y Juan Domingo Córdoba, quienes han tenido la oportunidad de estrenar en el certamen algunas de sus obras. Así mismo, promueve los jóvenes talentos, ofrece talleres de formación musical, genera el debate en torno al desarrollo cultural de la región, propicia la reflexión sobre la música y otras artes y sale de paseo con sus conciertos por otras ciudades del Santander.

Para Libardo Barrero, director de orquesta y durante más de diez años director del Festival, “en nuestro medio la música ha llegado a ser parte fundamental del quehacer de la persona; es un elemento enriquecedor para prepararse para el transcurrir de la vida, no necesariamente para ser músico, pero sí para ser más sensible, porque la música despierta ciertas papilas orgánicas. Tener una opción universal de la música o del arte es lo que realmente hace a una persona diferente y lo que la confronta con una óptica amplia del mundo, y esto es lo que logra el Festival Internacional de Piano de la UIS”.

El impacto del certamen no sólo está representado en cifras, sino en la cualificación del sector cultural de la región y, en los últimos diez años, en la consolidación de espacios para las promesas de la música clásica colombiana. El Festival ha sido determinante para impulsar el desarrollo de lo cultural en la ciudad, y ha sido factor para animar la apertura de dos facultades de música, crear la orquesta Filarmónica de Santander y las sinfónicas de la UNAB y de la UIS, facilitar el intercambio cultural, acercar a los valores universales de la cultura a comunidades de regiones pocas veces favorecidas con este tipo de iniciativas y permitir que la ciudad se vincule al ámbito cultural nacional.

Durante tres semanas al año Bucaramanga reúne el presente y futuro de la música para piano en Colombia, lo que es el

resultado de un trabajo continuo y de haber creado un público. Entre las claves del éxito figuran su excelente organización, el realizar una muy variada programación de actividades alternas y el contar con una brillante nómina de pianistas con sus magistrales interpretaciones. Además, el certamen es calificado como exitoso por la acertada selección de artistas y por la oportunidad que se ofrece a los talentos santandereanos de mostrar sus aptitudes artísticas, como es el caso de la chelista Laura Ospina, del flautista Rafael Aponte y de las orquestas Sinfónica Juvenil Batuta, Filarmónica de Santander y Sinfónica de la UIS.

En lo netamente musical, el Festival ha presentado una gama de posibilidades técnicas e interpretativas que van desde lo clásico y romántico hasta las obras de compositores contemporáneos, pasando por la corriente electroacústica, el jazz, la música colombiana y la latinoamericana. El piano actúa como elemento unificador y de identidad, pero a través de los años se ha incluido, además del piano solista, piano a cuatro manos, dos pianos, grupos de cámara con piano, conciertos sinfónicos con piano solista, música coral sinfónica y coral de cámara con piano acompañante. Se ha presentado una brillante nómina de pianistas caracterizada por sus interpretaciones de gran talento, dominio expresivo, virtuosismo e inteligencia musical, tales como Anthony Peebles, Daniel Pollack (en su momento niño prodigio que actuó para el presidente Harry Truman), Blanca Uribe, Susan Starr, Jenó Jando, Gonzalo Rubalcaba, Chano Domínguez, Leonid Kuzmín, José Feghali y Teresita Gómez, entre otros, además de duetos, orquestas, tríos, corales, agrupaciones jazzísticas, orquestas de cámara y octetos.

A los logros ya señalados hay que agregar el positivo respaldo del público y el apoyo de empresas privadas y estatales, especialmente en el último decenio de actividades del certamen.

Aunque en sus primeras versiones,



como ya se dijo, la asistencia de público fue realmente escasa, lentamente se fue consolidando una audiencia que se caracteriza por estar conformada, de un lado, por un grupo de conocedores y amantes de la música y, de otro, por una gran mayoría de jóvenes. Este segundo tipo de público permite augurar un futuro promisorio para la existencia y continuidad del certamen. Uno y otro marcan el gusto por la música netamente clásica y las versiones de artistas más contemporáneos o de géneros como el jazz. La positiva respuesta del público juvenil bumangués, que noche a noche llena durante el evento las localidades del auditorio Luis A. Calvo, ratifica con su presencia la labor de formación. “La continuidad es lo que ha permitido al evento consolidarse y entrar a formar parte de la agenda anual de jóvenes y adultos”, asegura el maestro Libardo Barrero. En los 147 conciertos oficiales que se han realizado en el Auditorio de la UIS, el total de asistentes ha sido de cerca de ciento cinco mil, lo que representa un

promedio de asistencia de unas 620 personas por concierto, el 62% de la capacidad de la sala.

El Festival Internacional de Piano se configuró como un espacio de encuentro con la música, que lentamente se convirtió para los santandereanos en la más cualificada posibilidad de disfrute de los valores universales del arte y la cultura, sentidos a través de las diferentes expresiones estéticas que configuran la programación de cada propuesta anual. La magia de este instrumento musical, tan legendario como las melodías que extraen sus intérpretes, logra fascinar al público en general y servir de estrategia para que la Universidad Industrial de Santander alcance sus propósitos de contribuir al desarrollo integral de la comunidad. Una propuesta que, aparentemente contra toda lógica, ha logrado sobrevivir veinticinco años. Un cuarto de siglo que recoge la tradición y la historia de un piano que un día llegó a estos destinos a lomo de mula por los caminos de Santander. ❖